

De la cancha al poder: fútbol y política en América Latina

David Gómez

Número 19



DP Enfoque n.º 19

De la cancha al poder: fútbol y política en América Latina

David Gómez

© 2026 KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG e. V.
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER
Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay
Tel.: (598) 2902 0943/ -3974
E-mail: info.montevideo@kas.de
<http://www.kas.de/es/parteien-lateinamerika>
@KASpartidos
www.dialogopolitico.org - @dplatinoamerica

Director

Henning Suhr

Subdirector

Ulrike Carrillo

Coordinador editorial

Ángel Arellano

Asistentes editoriales

Agustina Lombardi
Sara Bachino

Corrección

Alejandro Coto

Diseño y armado

Yamila Murán Leivas
@cretayam

ISBN 978-9915-9707-9-0

DIÁLOGO POLÍTICO es una plataforma para el diálogo democrático entre los influenciadores políticos sobre temas de relevancia en América Latina con base en los valores de libertad, solidaridad y justicia. Conecta a la región con los grandes debates geoestratégicos en el mundo. Construye una ventana de difusión de proyectos de la Fundación Konrad Adenauer en América Latina.

DIÁLOGO POLÍTICO es parte del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina (KAS Partidos). Tiene el objetivo de reducir la polarización política a través de un debate pluralista, constructivo e informado, orientado al bien común, para fortalecer el centro político desde sus raíces socialcristianas, liberales y conservadoras.

www.dialogopolitico.org - @dplatinoamerica

Producto editorial sin valor comercial.
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Contenidos

Resumen	4
1. Introducción: radiografía del deporte rey	4
2. Fútbol e identidades en América Latina	5
2.1. El fútbol como herramienta de construcción nacional	5
2.2. Identidad en el fútbol latinoamericano	8
2.3. De deporte elitista a fenómeno popular	8
3. El fútbol como herramienta política	9
3.1. Profesionalización y politización	10
3.2. Varguismo y peronismo: el fútbol como política de Estado	11
3.3. Rivalidades y diplomacia: el poder simbólico del fútbol	12
3.4. Fútbol y dictaduras: del poder blando a las protestas	13
3.5. Dueños de clubes y jefes de Gobierno: el fútbol como plataforma política	16
4. Corrupción y violencia: los males endémicos del fútbol latinoamericano	17
5. Una región exportadora: la globalización en el fútbol latinoamericano	19
6. Conclusión	22
7. Referencias bibliográficas	23
David Gómez	24

De la cancha al poder: Fútbol y política en América Latina

Resumen

La política del fútbol en América Latina revela un deporte que trasciende la cancha: forja identidades nacionales, alimenta rivalidades históricas e impulsa agendas políticas. ¿Cómo el juego más popular del mundo se convirtió en un escenario de poder, diplomacia, corrupción y violencia en la convulsa región latinoamericana? ¿Cómo refleja el balón las tensiones sociales de la región y ayuda a leer sus crisis, alianzas y disputas más profundas?

1. Introducción: radiografía del deporte rey

El fútbol es uno de los principales fenómenos de masas en América Latina. Gracias a esa popularidad, el juego ha adquirido también una destacada dimensión geopolítica. Su desarrollo ha reflejado las divisiones políticas, geográficas y sociales en la zona, así como sus dinámicas más destacadas: las jerarquías regionales, las injerencias extranjeras y las pulsiones entre la integración y la fragmentación.

La evolución del fútbol latinoamericano no puede entenderse como un proceso exclusivamente interno, sino como el resultado de la incorporación desigual de la región en la economía mundial y en las esferas de influencia de las potencias internacionales, especialmente Estados Unidos y el Reino Unido.

Desde su introducción en la segunda mitad del siglo XIX, el fútbol latinoamericano se ha caracterizado por su heterogeneidad, tanto en el plano deportivo como institucional. En América Latina, el fútbol profesional se organiza en torno a dos grandes bloques futbolísticos: la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol (Concacaf) y la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol). Ambas se encuentran reconocidas oficialmente por la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA).

Esta división del fútbol latinoamericano ilustra dos espacios geopolíticos diferenciados: un eje sudamericano, con mayor cohesión histórica, y un eje formado por los países norteamericanos, centroamericanos y caribeños, más diverso e influido por el dominio de Estados Unidos.

La Conmebol, la confederación regional de fútbol más antigua del mundo, se ha consolidado como una institución compacta, con diez miembros. Sin embargo, su composición no responde estrictamente a criterios geográficos, sino que obedece también a afinidades políticas, lingüísticas y culturales. Prueba de ello es la exclusión de aquellos territorios sudamericanos cuyo idioma oficial no son ni el español ni el portugués, como Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. Asimismo, la Conmebol tampoco reconoce a las islas Malvinas, debido a que sus miembros respaldan las reivindicaciones de Argentina sobre este territorio británico de ultramar.

Por su parte, la Concacaf constituye un espacio más fragmentado. A diferencia de la Conmebol, esta confederación sí cuenta con varios países no latinoamericanos entre sus integrantes. Consta de 41 federaciones nacionales y se divide en tres zonas geográficas: la norteamericana, la centroamericana y la caribeña. Entre sus miembros se encuentran Guyana, Surinam y la Guayana Francesa.

No obstante, la fragmentación del fútbol en América Latina no ha impedido los intercambios deportivos entre ambas confederaciones. La participación de seis miembros de la Concacaf en la Copa América de 2024, el torneo de selecciones de la Conmebol, representa el ejemplo más reciente de esta colaboración. Del mismo modo, algunos miembros de la Conmebol, como Brasil, Colombia, Perú y Ecuador, han participado en varias ediciones de la Copa Oro organizada por la Concacaf.

Esta interacción también se ha trasladado al ámbito de los clubes. Un caso paradigmático ha sido la Copa Libertadores de América, el principal campeonato anual de clubes de la Conmebol, que invitó a los equipos de México entre 1998 y 2016. Incluso, ambas confederaciones llegaron a celebrar torneos conjuntos como la Copa Interamericana, que entre 1969 y 1998 enfrentó al campeón de la Copa Libertadores con el vencedor de la Copa de Campeones de la Concacaf.

La cooperación histórica entre Concacaf y Conmebol representa un claro ejemplo de diplomacia deportiva, a pesar de que la colaboración responde fundamentalmente a estrategias de proyección comercial y mediática. No obstante, los intentos de cooperación **no han eliminado las disparidades en el fútbol latinoamericano**. Estas diferencias también se han manifestado dentro del terreno de juego.

Históricamente, los éxitos internacionales de los países de la Conmebol han contrastado con los resultados obtenidos por las selecciones nacionales de la Concacaf. La confederación sudamericana cuenta con diez Mundiales concentrados en tres países: Brasil (cinco), Argentina (tres) y Uruguay (dos). Por el contrario, la mejor clasificación de un combinado de la Concacaf en una Copa del Mundo fue el tercer puesto que cosechó Estados Unidos en la primera edición de 1930.

Estas diferencias tienen raíces geopolíticas más profundas. El fútbol se desarrolló más rápido en los países de América del Sur, más sujetos a la influencia económica y cultural del Reino Unido (Miller, 2007, p. 4). Esta difusión estuvo vinculada a la integración de los Estados sudamericanos en los mercados globales, los procesos de modernización

Por un lado, el fútbol simbolizaba esas ideas de progreso, modernidad y civilización con las que se identificaba la burguesía nativa. Por otro lado, ofrecía un espacio para diferenciarse de los británicos y definir su propia narrativa nacional.

de estos países y la expansión de los imperios coloniales. En cambio, en los países norteamericanos, centroamericanos y caribeños, la implantación del juego estuvo condicionada por la competencia con el béisbol, en un contexto marcado por la influencia de Estados Unidos y sus intervenciones militares en la región. Como consecuencia de ello, el mapa deportivo de América Latina reproduce las zonas de influencia de Estados Unidos y el Reino Unido en la zona (Alabarces, 2018, p. 35).

2. Fútbol e identidades en América Latina

2.1. El fútbol como herramienta de construcción nacional

La nación no es una entidad natural, sino una construcción social. Anderson (1993) la define como una comunidad políticamente imaginada, limitada y soberana. A la hora de articular identidades, el fútbol se presenta como uno de los mecanismos más efectivos de *nacionalismo banal*, es decir, de las formas cotidianas en las que se reproduce una identidad nacional concreta (Billig, 2014). Hobsbawm (2012) señalaba que esa comunidad imaginada se vuelve tangible cuando la encarnan once futbolistas con la camiseta del equipo nacional. Los ciudadanos de un país toman conciencia de su nación cuando ven a su selección disputar un torneo internacional.

Estadio Centenario de Montevideo, sede del Mundial de 1930



Fuente: www.estadiocentenario.com.uy

En América Latina, esta dimensión nacionalista del fútbol ha cobrado especial importancia. En la mayoría de casos, la expansión del juego se produjo cuando la mayor parte de los Estados de la región estaban bien constituidos. Sin embargo, esa difusión se desarrolló de forma paralela al proceso de modernización que experimentaron los países latinoamericanos entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. La construcción del ferrocarril y la rápida urbanización de las ciudades permitieron que la práctica del balompié se extendiera más allá de las escuelas británicas.

En ese contexto, el fútbol se nacionalizó en América Latina. Las élites locales, especialmente en América del Sur, adoptaron los deportes modernos de las comunidades británicas y empezaron a apropiarse de ellos. Por un lado, el fútbol simbolizaba esas ideas de progreso, modernidad y civilización con las que se identificaba la burguesía nativa. Por otro lado, ofrecía un espacio para diferenciarse de los británicos y definir su propia narrativa nacional.

El juego vivió un proceso de nacionalización. Durante este período, las élites locales asumieron el deporte importado por las comunidades británicas y le dotaron de una identidad nacional propia.

Así, en contraposición a los equipos de origen británico, surgieron en América del Sur los primeros clubes de naturaleza criolla. Algunos de ellos incorporaban referencias patrióticas en sus nombres, como el Club Argentino de Quilmes en Argentina o el Club Nacional de Football en Uruguay. Al mismo tiempo, se promovió un estilo futbolístico propiamente criollo y rioplatense. Frente al fútbol físico y de pase largo asociado a los británicos, emergió *la nuestra* en Argentina, una forma de jugar basada en el pase corto y la gambeta (Rodríguez, 2017, p. 27).

De igual manera, el fútbol quedó vinculado a los mitos de la cultura popular de estos países. El futbolista argentino se ligó en ese país a la idea del gaucho, ese héroe popular y antioligárquico que representaba las tradiciones rurales del campo. Mientras tanto, en Uruguay, la selección simbolizaba la garra charrúa, en referencia al pueblo indígena más relevante que habitó ese territorio. En ambos países, el balompié ha ejercido como un instrumento eficaz de integración nacional.

Otro país latinoamericano que vivió su criollización en el fútbol, aunque de forma más tardía, fue México. Sin embargo, ese proceso no se dio como oposición a los británicos, sino a los clubes españoles. La colonia española, que había aumentado en número durante el porfiriato, creó nuevos clubes como un medio para reivindicarse como élite. Como reacción, los equipos criollos reafirmaron su identidad diferenciada. Las disputas entre clubes se resolvieron finalmente en 1945, cuando el presi-

dente Manuel Ávila Camacho emitió un decreto que regulaba el número de jugadores extranjeros, con el fin de limitar el poderío económico de los equipos españoles (Alabarces, 2018, p. 157).

Brasil constituye un caso particular. Al igual que en sus países vecinos, el fútbol se transformó en un pilar central de la cultura popular brasileña. Sin embargo, la identidad del fútbol brasileño tuvo un fuerte componente racial. Su desarrollo se basó en la integración de sus futbolistas mulatos y afrodescendientes. Al igual que la samba y la capoeira, se concebía como una expresión artística vinculada a estas comunidades. En un país marcado por las desigualdades raciales —fue el último país latinoamericano en abolir la esclavitud en 1888— el fútbol sirvió como ascensor social de la población negra. Para Filho (2003, p. 234), supuso la realización de la democracia racial brasileña, encarnada en estrellas como Garrincha o Pelé.



La Copa Libertadores y la Copa de Campeones de la Concacaf son los trofeos más importantes del fútbol de clubes en América del Sur y en América del Norte y Central, respectivamente. Ambos son organizados por sus confederaciones regionales, la CONMEBOL y la Concacaf.

Fuente: Conmebol

2.2. Identidad en el fútbol latinoamericano

Del mismo modo, el fútbol ha contribuido al fenómeno opuesto: fomentar identidades regionales diferenciadas dentro de los propios países latinoamericanos. Su desarrollo en los países del Río de la Plata ha evidenciado la relación asimétrica entre sus capitales, más adineradas a raíz del comercio marítimo con el Reino Unido, y las provincias del interior.

Estas dinámicas territoriales fueron especialmente destacadas en Argentina, donde las élites de Buenos Aires, defensoras de un Estado liberal y centralista, confrontaron históricamente con el interior, que demandaba un modelo federal y descentralizado. En un principio, la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) solamente incluía a equipos bonaerenses. Los clubes de Rosario —Rosario Central y Newell's Old Boys—, Santa Fe —Colón y Unión— y Córdoba —Belgrano y Talleres— no pasaron a formar parte de la AFA sino hasta 1939, casi medio siglo después de su fundación.

Chile tampoco ha sido ajeno a esta situación. Desde sus orígenes, el fútbol chileno ha estado influido por el conflicto territorial entre el centro y las regiones, que encarnan Santiago y Valparaíso. La diferencia con Argentina y Uruguay radica en que, en el caso de Chile, la principal ciudad portuaria no era la capital. Mientras que Valparaíso ilustraba la influencia británica en la zona, los clubes de Santiago se presentaban como la resistencia criolla, aunque aristócrata.

No obstante, el regionalismo en el fútbol se ha manifestado de manera más pronunciada en aquellos países con una amplia extensión geográfica y con mayores dificultades para conectar su territorio. Tres Estados latinoamericanos ejemplifican esta tendencia regionalista: Colombia, Brasil y México. Frente al centralismo de Argentina, Uruguay, Chile o Perú, la evolución del fútbol en estos lugares se ha caracterizado por su desarrollo simultáneo en diferentes regiones.

En Brasil, las tensiones entre Río de Janeiro y São Paulo han vertebrado el fútbol nacional. De hecho, en la actualidad, ambos estados conservan sus

El regionalismo en el fútbol se ha manifestado de manera más pronunciada en aquellos países con una amplia extensión geográfica y con mayores dificultades para conectar su territorio.

campeonatos regionales —el Campeonato Carioca y el Campeonato Paulista—, que se crearon antes de la organización de un torneo nacional brasileño en 1937. La rivalidad entre los clubes cariocas y los paulistas obedece a factores históricos. Mientras que Río concentró el poder político durante el Imperio del Brasil, São Paulo se erigió en el centro del poder económico e industrial. A ambos territorios se sumaron otros importantes focos futbolísticos, como Minas Gerais o Río Grande do Sul.

Por su parte, en Colombia, la diversidad regional del fútbol es todavía mayor, dada la histórica fragmentación geográfica, social y cultural desde su independencia (Cuevas, 2018, p. 18). De hecho, Colombia no llegó a impulsar una liga nacional de fútbol hasta 1948, la que se creó, entre otras motivaciones, por intereses políticos. La fundación de la División Mayor del Fútbol Colombiano (Dimayor) se produjo meses después de que aconteciera el Bogotazo, los disturbios que se extendieron tras el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, y que inició un conflicto conocido como La Violencia. En ese contexto, el Gobierno conservador respaldó la creación de un campeonato que permitiera calmar a la población (Galvis, 2008, p. 42).

2.3. De deporte elitista a fenómeno popular

La expansión del fútbol en América Latina se desarrolló en dos etapas diferentes. En una primera fase, el juego vivió un proceso de nacionalización. Durante este período, las élites locales asumieron el deporte importado por las comunidades

británicas y le dotaron de una identidad nacional propia. Sin embargo, la apropiación del fútbol por parte de la burguesía local no supuso su inmediata difusión entre las clases populares.

Varios factores contribuyeron a su popularización. En primer lugar, el fútbol destacaba por ser un deporte barato y fácil de jugar. Estas facilidades logísticas favorecían su práctica en cualquier lado. Al mismo tiempo, el rápido crecimiento de las ciudades supuso el desarrollo de nuevos medios de transporte como el tranvía o el ferrocarril y la construcción de estadios. De pronto, los clubes de fútbol emergían como vehículos de cohesión y socialización en los barrios. Estas entidades estaban vinculadas ante todo a las comunidades de su territorio más cercano.

Un ejemplo paradigmático de este fenómeno fue Argentina. Durante la primera década del siglo XX, nacieron en Buenos Aires numerosos clubes de raíces populares. Todos ellos reivindicaban su identidad barrial: Boca Juniors lo conformaron inmigrantes italianos de La Boca, Huracán estaba arraigado a Parque Patricios y San Lorenzo de Almagro se originó por la iniciativa de Lorenzo Massa, un cura salesiano de Boedo.

Sin embargo, la propagación del fútbol entre las clases populares porteñas no despertó las simpatías de los grupos de izquierda, cuya actividad sindical era especialmente intensa en Buenos Aires. Lo percibían como una maniobra de la burguesía para distraer a los trabajadores de la lucha obrera. En aquellos años, la práctica del fútbol a través de las escuelas, las parroquias y las empresas co-

El juego vivió un proceso de nacionalización. Durante este período, las élites locales asumieron el deporte importado por las comunidades británicas y le dotaron de una identidad nacional propia.

nectaban con las tesis del higienismo difundidas a finales del siglo XIX. Las élites locales buscaban replicar el modelo futbolístico del Reino Unido. El fútbol debía servir para disciplinar a los trabajadores y alejarlos del sexo, el tabaco y el alcohol en su tiempo libre.

A medida que el fútbol se expandía entre los plebeyos, se desarrolló un nuevo eje identitario de clase, al margen de las identidades nacionales, regionales y locales. En el Reino Unido, esa identidad fue fundamentalmente obrera. En América Latina, enfatizaba su carácter popular. No obstante, ha habido clubes que, de forma excepcional, han recurrido a sus raíces proletarias. En Argentina, destacan Chacarita Juniors, fundado en una librería anarquista, y Argentinos Juniors, denominado inicialmente Mártires de Chicago para homenajear para recordar a los obreros fallecidos allí en las protestas del 1 de mayo de 1886, que demandaban la jornada laboral de ocho horas. Con todo, el ejemplo más representativo de esa identidad obrera fue el Corinthians Paulista, fundado en Brasil por trabajadores del sector ferroviario.

Precisamente, en Brasil, la difusión del fútbol entre las clases populares venía acompañado de un componente racial. La aparición de clubes plebeyos permitió la incorporación de los futbolistas afrodescendientes al juego, excluidos sobre todo en el fútbol carioca, de carácter marcadamente elitista. La popularización del fútbol en Brasil llevaría a clubes como el Flamengo, de orígenes aristócratas, a incorporar a los jugadores negros más destacados y a transformarse en el equipo favorito de las clases populares cariocas, en contraposición al Fluminense, su principal rival. Algo similar sucedería en Perú, donde la rivalidad entre Alianza Lima y el Club Universitario de Deportes simbolizaba las dos visiones sobre la nación peruana: una vinculada con los afroperuanos y las clases populares y otra asociada a la élite blanca y europea.

No obstante, existe en América Latina una excepción a esta asociación del fútbol con los sectores populares: Cuba. En la isla cubana, fue el béisbol el que se popularizó como símbolo de modernidad y resistencia frente al colonialismo español, identificado con el fútbol.

3. El fútbol como herramienta política

3.1. Profesionalización y politización

La popularización del fútbol y la creciente presencia de futbolistas de clase trabajadora propiciaron el paso del amateurismo hacia la profesionalización. En América del Sur, ese proceso se experimentó durante la década de 1930, mientras que en América Central se desarrollaría más tarde, en los años cincuenta. Hasta entonces, se había asentado en el fútbol latinoamericano el amateurismo marrón, que consistía en pagar indirectamente a los jugadores para que no abandonaran sus equipos. Sin embargo, el giro hacia el profesionalismo alimentó los cismas entre sus partidarios y sus detractores dentro de cada país.

En cualquier caso, el aumento de la asistencia a los estadios cambió la naturaleza del fútbol en América Latina. Con su popularización, el fútbol dejó de ser un deporte concebido para ser jugado y pasó a transformarse en un espectáculo para ser visto (Huizinga, 1957). La irrupción de los aficionados, que se identificaban con uno u otro equipo, convirtió el juego en un fenómeno de masas.

Al mismo tiempo, otros factores contribuyeron en esta transformación. Uno de ellos fue la expansión de la prensa y de nuevos medios de comunicación como la radio, que amplificaron el alcance del deporte por el territorio latinoamericano. Otro fue la organización de las primeras giras y torneos internacionales. A lo largo de la década de 1920, equipos como Boca Juniors de Argentina, Nacional de Uruguay, Paulistano de Brasil y Colo-Colo de Chile viajaron a Europa para medirse contra los clubes europeos.

Las giras de los clubes latinoamericanos por el Viejo Continente afianzaron su prestigio en el extranjero. Y, a nivel interno, reforzaron la narrativa de un fútbol latinoamericano diferenciado con respecto a Europa. Más significativa todavía fue la aparición de los primeros certámenes de selecciones a nivel internacional. Las victorias de Uruguay en los Juegos Olímpicos de París 1924 y

Con su popularización, el fútbol dejó de ser un deporte concebido para ser jugado y pasó a transformarse en un espectáculo para ser visto (Huizinga, 1957). La irrupción de los aficionados, que se identificaban con uno u otro equipo, convirtió el juego en un fenómeno de masas.

de Ámsterdam 1928 —esta última frente a Argentina— corroboraron la hegemonía rioplatense en el fútbol mundial.

Sin embargo, los partidos internacionales de selecciones abrieron un espacio para que florecieran aún más las rivalidades regionales. Prueba de ello fue la primera edición de la Copa del Mundo, celebrada en 1930 en Uruguay. En aquel torneo, argentinos y uruguayos reeditaron la final de los Juegos Olímpicos disputada dos años antes. Las tensiones entre ambos conjuntos llegaron a desencadenar una pelea por el balón que debía usarse durante el encuentro. La victoria de Uruguay por 4-2 generó disturbios en Buenos Aires, donde se registraron ataques contra la embajada uruguaya.

La conversión del fútbol en un espectáculo de masas propició su politización. A partir de 1930, la intervención estatal en el desarrollo del juego se volvió una tendencia recurrente en América Latina. Los Gobiernos de la región se involucraron en las disputas en torno a la profesionalización y promovieron la construcción de nuevos estadios, como el estadio Nacional de Santiago de Chile, de propiedad estatal, que fue inaugurado por el presidente Arturo Alessandri en 1938. Incluso impulsaron la construcción de nuevos recintos para los clubes a través de créditos baratos.

Esto permitió, por ejemplo, que River Plate y Boca Juniors pudieran construir sus dos estadios actuales —el Monumental y La Bombonera— durante la presidencia del general Agustín Pedro Justo. Bajo su mandato, las injerencias políticas en el fútbol se hicieron evidentes. Tanto es así que su yerno, Eduardo Sánchez Terrero, asumió el mando de la AFA durante este período.

3.2. Varguismo y peronismo: el fútbol como política de Estado

Sin embargo, la figura que consolidó el uso del fútbol como herramienta política en América Latina fue Getúlio Vargas, presidente brasileño durante dos etapas entre 1930 y 1954. El varguismo representó uno de los primeros movimientos populistas con éxito en América Latina. Bajo su mando, se implantó en Brasil el Estado Novo, un régimen autoritario y de corte nacionalista instaurado con el pretexto de frenar una supuesta amenaza comunista. Durante este período, el fútbol desempeñó un papel central en la estrategia política del varguismo.

El Mundial 1934, organizado en la Italia fascista, y los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, en la Alemania nazi, habían revelado el potencial del deporte como instrumento para hacer propaganda nacionalista, construir una identidad nacional cohesionada y legitimar a sus líderes internamente. Siguiendo estos ejemplos, Vargas impulsó el desarrollo del fútbol brasileño desde el Estado. El varguismo aceleró la construcción de grandes estadios —como el Pacaembú de São Paulo— y la creación del Consejo Nacional de Deportes, la primera institución destinada a desarrollar una política deportiva conjunta en el país.

Además de institucionalizar el fútbol brasileño, Vargas intensificó su difusión por todo el territorio a través de la Radio Nacional, creada en 1936. Como parte de esa estrategia, el líder brasileño promovió que los jugadores de la selección procedieran de diferentes partes del país y no exclusivamente de Río de Janeiro, como había sucedido hasta principios de los años treinta. Todo ello, con el objetivo de lograr una mayor identi-

ficación con el equipo nacional y construir una verdadera «raza brasileña» (Guterman, 2009, p. 81). Con ello, el fútbol se posicionó como uno de los principales símbolos de la cultura brasileña. Asimismo, Brasil sentó las bases para desafiar la hegemonía futbolística de Argentina y Uruguay en América Latina.

Pero, sobre todo, el varguismo creó un modelo para que otros mandatarios instrumentalizaran el fútbol con fines políticos. Uno de los líderes que replicaron su ejemplo fue el presidente de Argentina, Juan Domingo Perón. Durante su primera etapa en el poder, entre 1946 y 1955, el peronismo convirtió el deporte en una política de Estado. Debía ser un entretenimiento para las masas, pero también una forma de propaganda y de promover los principios del movimiento peronista, asociado a lo nacional y lo popular. En esta línea, el Gobierno argentino impulsó en 1948 los Juegos Evita. Esta competición, que llevaba el nombre de la primera dama Eva Perón, cumplía varias funciones: permitir el acceso de los jóvenes más humildes al deporte, fomentar la salud física y promover el culto a la personalidad de los líderes peronistas.

El fútbol, en tanto que deporte popular, tampoco escapó a ese proceso de *peronización*. Aunque Perón nunca se vinculó públicamente a ningún equipo, los clubes argentinos buscaban un *padrino* que los acercara al presidente. El más destacado fue el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, conocido por sus simpatías con el Racing Club de Avellaneda. Su influencia permitió que Racing financiara la construcción de su nuevo estadio —bautizado como Presidente Perón— y que se les negara el pasaporte a sus principales jugadores para evitar su salida al extranjero.

Por el contrario, Perón sí aprovechó los éxitos de la selección argentina con fines políticos. El caso más paradigmático se produjo en 1953, cuando el cuadro albiceleste derrotó por primera vez a Inglaterra en Buenos Aires por 3-1. La prensa de la época utilizó aquella gesta deportiva para ensalzar el estilo criollo de los futbolistas argentinos. De hecho, uno de los ministros peronistas declaró lo siguiente: «Primero nacionalizamos los ferrocarriles, hoy

nacionalizamos el fútbol». Como consecuencia, el Gobierno peronista estableció la fecha de aquel duelo, el 14 de mayo, como el Día del Futbolista en Argentina (Rodríguez, 2017, p. 108).

3.3. Rivalidades y diplomacia: el poder simbólico del fútbol

La rivalidad entre Argentina e Inglaterra mostró uno de los aspectos principales de la influencia

política del fútbol: su papel como campo de batalla simbólico (Dávila y Londoño, 2003, p. 140). Para los argentinos, los enfrentamientos con la selección inglesa se convirtieron en uno de los principales elementos de orgullo nacionalista. Tal y como señala Guttman (1994), el deporte ofrecía a los dominados la posibilidad de vencer a los dominantes. Siguiendo esta narrativa, Argentina veía en el fútbol la oportunidad de subvertir la histórica influencia británica en el país y, sobre todo, aliviar el agravio que suponía para ellos el control de Londres sobre las Islas Malvinas.

Edificio Conmebol ubicado en Luque, Paraguay, y Edificio Concacaf ubicado en Miami, Florida, EUA.



Fuente: www.conmebol.com y es.concacaf.com

Esto se evidenció especialmente en los cuartos de final del Mundial 1986. En aquel duelo, Argentina derrotó a Inglaterra con dos goles históricos de Diego Armando Maradona: uno con la mano; el otro, regateando a sus adversarios desde el centro del campo. Aquella victoria proporcionó a Argentina una revancha por la derrota sufrida contra el Reino Unido en la guerra de las Malvinas, iniciada cuatro años antes.

Sin embargo, hubo momentos en los que el fútbol traspasó su componente simbólico y emergió como escenario de las tensiones políticas entre países. El episodio más sonado en América Latina fue el conflicto armado entre Honduras y El Salvador, al que Kapuściński (2006) bautizó como la «Guerra del Fútbol». La razón fue que el conflicto estalló el 14 de julio de 1969, dos semanas después de que ambos países se enfrentaran en una eliminatoria para clasificarse a la Copa del Mundo de 1970 en México.

Los dos partidos se celebraron en un clima de creciente confrontación entre Honduras y El Salvador. De hecho, se registraron incidentes violentos en ambos duelos. Pese a ello, el fútbol no fue el detonante de aquella guerra. Detrás de ese conflicto se escondían diversos factores económicos y sociales, como la concentración de tierra en El Salvador, la migración de campesinos salvadoreños pobres a Honduras y la reforma agraria impulsada por el Gobierno hondureño, que comenzó a expulsar a campesinos salvadoreños de su territorio.

Aunque el fútbol ha predominado como espacio de competencia en América Latina, también ha mostrado ciertos signos de unidad latinoamericana. La creación de la Conmebol representó la primera muestra de integración regional en América del Sur, mucho antes de que existieran las primeras iniciativas políticas como la Comunidad Andina o Mercosur.

Otro hecho significativo en esta línea fue la aparición de las primeras competiciones internacionales de clubes durante los sesenta. Las invitaciones de los equipos mexicanos en la Copa Libertadores, al igual que la creación de la Copa Interamericana, obedecían sobre todo a un propósito: la expan-

La creación de la Conmebol representó la primera muestra de integración regional en América del Sur, mucho antes de que existieran las primeras iniciativas políticas como la Comunidad Andina o Mercosur.

sión de los mercados televisivos. Sin embargo, de manera indirecta, alimentaron la noción de *patria grande* promovida por Simón Bolívar; es decir, la idea de una unión política en América Latina que integrara a todas las naciones hispanoamericanas.

3.4. Fútbol y dictaduras: del poder blando a las protestas

El uso político del fútbol, desarrollado por los principales populismos latinoamericanos del siglo XX, alcanzó su punto álgido durante la década de los setenta. En plena Guerra Fría, se instalaron diversas dictaduras militares de corte nacionalista, conservador y anticomunista en América del Sur, con el respaldo de Estados Unidos. La aparición de estas dictaduras se enmarcó en el contexto de la Operación Cóndor, un sistema de intercambio de información y represión para perseguir a sus opositores, principalmente de izquierdas.

En ese clima, el fútbol no escapó al control de los regímenes militares. Sus líderes centraron su interés en el juego, por varias razones. La primera era impulsar su imagen internacional a través del poder blando. El *soft power* hace referencia a la capacidad de un país para influir en las acciones de otros actores a través de medios culturales, ideológicos y diplomáticos, en contraposición al poder económico o militar (Nye, 2005). Partiendo de esta idea, las dictaduras latinoamericanas buscaban, por medio del fútbol, ofrecer una cara más

Mundial 1978, Argentina



Fuente: www.conmebol.com

amable de sus regímenes y presentarse al mundo como países modernos, avanzados y respetuosos con los derechos humanos.

Al mismo tiempo, estos regímenes dictatoriales veían en el fútbol una herramienta para ganar legitimidad interna y reforzar la cohesión nacional. La propaganda oficialista promovía el orgullo nacionalista a través de la selección y presentaba los triunfos deportivos como éxitos de su sistema. Asimismo, el fútbol ayudaba como mecanismo de control social, desviando la atención de las críticas y de la represión contra los opositores.

El ejemplo más emblemático de esta estrategia fue la dictadura militar de Argentina. Desde un primer momento, las autoridades militares entendieron la importancia del fútbol en la sociedad argentina. De hecho, durante la jornada del golpe de Estado en 1976, solamente interrumpieron la retransmisión de la asonada para emitir un encuentro de Argentina en Polonia.

Esa relevancia se reflejó sobre todo con la organización del Mundial 1978. La Copa del Mundo representaba una oportunidad única de consolidar

La propaganda oficialista promovía el orgullo nacionalista a través de la selección y presentaba los triunfos deportivos como éxitos de su sistema. Asimismo, el fútbol ayudaba como mecanismo de control social, desviando la atención de las críticas y de la represión contra los opositores.

a la dictadura en el exterior. Como consecuencia de ello, se creó el Ente Autárquico Mundial 1978 para su organización y se invirtieron más de 700 millones de dólares, el triple de lo que costó la siguiente edición en España. Parte de ese dinero se destinó a una agencia de publicidad estadou-

nidense que orquestó la campaña de blanqueamiento. Incluso se llegó a publicar en la revista *El Gráfico* una carta falsa del futbolista neerlandés Ruud Krol a su hija de tres años, en la que se afirmaba que los militares disparaban «flores» (Rodríguez, 2017, p. 168).

Las autoridades argentinas también destacaron por sus injerencias durante el campeonato. Se informó que el líder de la junta militar, Jorge Rafael Videla, bajó al vestuario de Perú junto al secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger, antes del partido que le enfrentaba con Argentina. Aquel duelo, que acabó con victoria argentina por 6-0, clasificó a la selección albiceleste para la final, donde tumbó a Países Bajos para alzarse con su primer título mundialista. Lo hizo en el reinaugurado estadio Monumental, a pocos metros del principal centro de tortura de la dictadura: la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Una situación similar se produjo en Chile, donde un golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet derrocó al Gobierno democráticamente electo de Salvador Allende en 1973. En los años posteriores, la dictadura pinochetista intervino la asociación de fútbol y utilizó el Estadio Nacional de Santiago como campo de concentración y tortura para los presos de la dictadura.

En Brasil, el fútbol no solo se convirtió en una forma de resistencia contra la dictadura, sino que contribuyó decisivamente a la democratización del país. Durante los últimos años del régimen militar, a comienzos de los ochenta, el deporte brasileño fue testigo de un experimento democrático sin precedentes: la Democracia Corinthiana.

Sin embargo, el control que ejercieron los regímenes dictatoriales de América del Sur sobre el fútbol generó el efecto contrario. En contra de sus intereses, el balompié ayudó a visibilizar las protestas contra los dirigentes militares. Por ejemplo, en Argentina, la organización del Mundial no evitó que su capitán, Jorge Carrascosa,

Ganar o perder, siempre con democracia.



Jugadores del Corinthians despliegan pancarta en la final del Torneo Paulista contra San Pablo, disputada el 12 de diciembre de 1982, en plena dictadura militar brasileña.

Fuente: Irmo Celso / Placar - Página web oficial de Corinthians.



Joseph Sepp Blatter, secretario general de la FIFA (1981-1998), y João Havelange, presidente de la FIFA (1974-1998), con el balón oficial Adidas Tango España.

Fuente: Wikimedia Commons

renunciara a jugar el torneo. La Copa del Mundo también facilitó que la prensa internacional presenciara in situ las protestas de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, que denunciaban la desaparición de sus familiares.

Del mismo modo, en Brasil, el fútbol no solo se convirtió en una forma de resistencia contra la dictadura, sino que contribuyó decisivamente a la democratización del país. Durante los últimos años del régimen militar, a comienzos de los ochenta, el deporte brasileño fue testigo de un experimento democrático sin precedentes: la Democracia Corinthiana. Esta fue un sistema promovido por el director deportivo del Corinthians paulista, Adilson Monteiro Alves, junto a los jugadores, entre los que destacaban futbolistas de izquierdas como Sócrates. Esta iniciativa consistía en que las principales decisiones del club se tomaban por medio de votaciones conjuntas entre los jugadores y el cuerpo técnico.

El éxito deportivo y económico de esta experiencia autogestionaria llevó a los futbolistas del Corinthians a lucir mensajes políticos en sus camisetas. La plantilla respaldó el movimiento Diretas Já, que demandaba elecciones presidenciales directas en Brasil. Con todo, la derrota del movimiento en la votación parlamentaria de abril de 1984 terminó forzando el final de la Democracia Corinthiana y la salida de Sócrates del fútbol brasileño (Alabarces, 2018, p. 241).

El control que ejercieron los regímenes dictatoriales de América del Sur sobre el fútbol generó el efecto contrario. En contra de sus intereses, el balompié ayudó a visibilizar las protestas contra los dirigentes militares.

3.5. Dueños de clubes y jefes de Gobierno: el fútbol como plataforma política

Con la excepción de la Democracia Corinthiana, la década de los ochenta supuso el comienzo de la mercantilización del fútbol. Por un lado, la llegada del brasileño João Havelange a la presidencia de la FIFA en 1974 había iniciado la conversión del fútbol en una industria global de entretenimiento. Bajo su mando, el juego se expandió a nivel mundial, las marcas empezaron a entrar en el negocio y se dispararon los ingresos por los derechos televisivos. Por otro lado, el contexto internacional favorecía este proceso.

Durante estos años, con Ronald Reagan en la Casa Blanca y Margaret Thatcher en Downing Street, las tesis neoliberales del libre mercado ganaron fuerza en América Latina. Todo ello, sumado al endeudamiento de los clubes, favoreció el desembarco de grandes empresarios en el fútbol. Para estos magnates, el deporte rey les ofrecía una plataforma de exposición mediática, redes políticas y legitimación social. No era de extrañar que alguno de ellos usara el juego para cimentar su futuro en la política.

El referente más destacado era Silvio Berlusconi, dueño del conglomerado mediático Mediaset y presidente del AC Milan, quien se convertiría más tarde en primer ministro de Italia. Luego, en América Latina, varias figuras replicarían su modelo. Uno de los pioneros fue el empresario inmobiliario Mauricio Macri, que alcanzó la presidencia de Boca Juniors en 1995. Como

La estructura hermética del fútbol sudamericano, así como la escasa renovación de sus dirigentes, ha favorecido el clientelismo, la falta de transparencia y la nula rendición de cuentas.

máximo dirigente de Boca, el club xeneize vivió los mejores años de su historia, con cuatro Copas Libertadores y dos Copas Intercontinentales. Macri aprovechó su bagaje como presidente de Boca para lanzar su carrera política. En 2007, se convirtió en jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Y ocho años más tarde, llegó a la presidencia de la República Argentina.

Al igual que Macri, otro empresario que utilizó el fútbol como plataforma política fue el chileno Sebastián Piñera. Tras caer derrotado en las elecciones de 2005, Piñera se convirtió en el mayor accionista individual de Blanco y Negro, la empresa que controlaba Colo-Colo. Cuatro años más tarde, Piñera juraría el cargo por primera vez como presidente de la República de Chile. Lo mismo le sucedería a Horacio Cartes, quien presidió el Club Libertad entre 2001 y 2012 antes de ser elegido presidente de Paraguay.

4. Corrupción y violencia: los males endémicos del fútbol latinoamericano

La creación de una industria futbolística a nivel internacional sistematizó uno de los males estructurales del fútbol en América Latina: la corrupción. Durante décadas, el fútbol sudamericano se ha visto salpicado por escándalos de sobornos, lavado de dinero y adjudicación de torneos, contratos televisivos y derechos comerciales. Entre los motivos que explican este problema, destaca

fundamentalmente la concentración del poder en el plano institucional.

Las principales organizaciones futbolísticas, desde la FIFA hasta las federaciones nacionales de América Latina, se han caracterizado por los mandatos largos de sus dirigentes. La figura más representativa es la del propio Havelange, que presidió la FIFA durante veinticuatro años ininterrumpidos, entre 1974 y 1998. Otros dirigentes del fútbol latinoamericano han seguido el mismo camino. Julio Grondona, presidente de la AFA, se mantuvo al frente del fútbol argentino desde 1979 hasta 2014 y se convirtió en vicepresidente de la FIFA. Ricardo Teixeira, yerno de Havelange, dirigió la Confederación Brasileña de Fútbol entre 1989 y 2012. Y Nicolás Leoz, presidente de la Conmebol, encabezó el ente sudamericano durante veintisiete años.

La estructura hermética del fútbol sudamericano, así como la escasa renovación de sus dirigentes, ha favorecido el clientelismo, la falta de transparencia y la nula rendición de cuentas. Al mismo tiempo, el uso del fútbol como plataforma política ha facilitado las conexiones entre los órganos futbolísticos y el poder político. Pero, sobre todo, el fútbol latinoamericano ha imitado los problemas heredados de la política latinoamericana, asociada a la fragilidad de sus instituciones democráticas.

Como consecuencia de ello, América Latina ha estado implicada en los principales casos de corrupción que han sacudido al fútbol en el siglo XXI. El mayor exponente de este fenómeno ha sido el escándalo de la FIFA. Una investigación del FBI en Estados Unidos culminó en 2015 con **la detención en Zúrich de dieciséis dirigentes latinoamericanos de la Concacaf y la Conmebol**. Casi todas las cúpulas de ambas confederaciones quedaron desmanteladas, acusadas de corrupción durante las negociaciones por los derechos televisivos de los torneos internacionales. Sin embargo, los cambios al mando de estas organizaciones no han supuesto un desmantelamiento de las estructuras que propiciaron estos escándalos.

El fútbol latinoamericano ha imitado los problemas heredados de la política latinoamericana, asociada a la fragilidad de sus instituciones democráticas

La corrupción sistémica del fútbol latinoamericano ha venido acompañada de otro mal endémico: la violencia. En este apartado, el crimen organizado llegó a desempeñar un rol crucial. El crecimiento del negocio del fútbol a partir de los años setenta por medio de la televisión se llevó a cabo de forma paralela al aumento del tráfico de drogas, principalmente de cocaína, a Estados Unidos y a Europa. Este contexto propició que los capos más destacados del narco se inmiscuyeran en el negocio del fútbol para blanquear dinero, mejorar su imagen pública y construir redes de influencia.

El narcofútbol tuvo su epicentro en Colombia. A lo largo de los ochenta, el fútbol colombiano experimentó su segunda edad dorada a raíz del dinero procedente de actividades ilícitas. En el Valle del Cauca, los hermanos Rodríguez Orejuela, líderes del cártel de Cali, asumieron el control

del América. En el departamento de Antioquia, los ejecutivos vinculados a Pablo Escobar, el jefe del cártel de Medellín, se hicieron con los mandos del Atlético Nacional y del Deportivo Independiente Medellín. Y en Bogotá, Millonarios pasó a manos de otro de los capos del cártel de Medellín: Gonzalo Rodríguez Gacha, alias el Mexicano (Cuevas, 2018, p. 30).

Pese a los buenos resultados cosechados por los equipos colombianos durante esta época, el narcofútbol reflejaba la dura realidad que vivía Colombia ante el conflicto interno entre las guerrillas y los paramilitares y el fortalecimiento de los cárteles. De hecho, **la espiral de violencia que sufrió el país durante estos años también se trasladó al fútbol**. En 1989, el árbitro Álvaro Ortega fue asesinado por orden de Pablo Escobar, después de que el Deportivo Independiente Medellín perdiera contra el América de Cali, lo que forzó la cancelación de la Dimayor. Sin embargo, el suceso más conocido fue el asesinato del jugador internacional colombiano, Andrés Escobar, pocos días después de que anotara un gol en propia puerta que dejó a Colombia fuera del Mundial 1994.

El otro fenómeno violento que ha caracterizado al fútbol latinoamericano son las barras bravas y las torcidas. Se trata de grupos organizados de

Hinchada de Club Atlético Peñarol y Club Nacional de Fútbol



Fuente: Wikimedia Commons



hinchas al fútbol, que destacan por su fanatismo y animosidad, pero también por su violencia, sus negocios ilícitos y su control territorial. Los orígenes de las barras se remontan al año 1958 en Argentina.

En aquel momento, la situación del país estaba marcada por la inestabilidad política —a raíz de la proscripción del peronismo—, la precariedad económica y la conflictividad social. Este contexto venía agudizado por la crisis futbolística que vivía Argentina tras la prematura eliminación en el Mundial 1958. Al mismo tiempo, se produjo un proceso simultáneo de industrialización del fútbol. El fútbol-negocio lleva aparejado consigo una organización institucionalizada de las barras (Romero, 1986).

Sin embargo, la expansión de estos grupos como fenómeno en América Latina se dio a partir de los años setenta. La violencia se incrementó a medida que se afianzaba la sociedad de consumo y se debilitaba la clase trabajadora, de forma similar a lo que sucedió en Inglaterra con el *hooliganismo* durante los Gobiernos de Margaret Thatcher. Las barras bravas emergieron entonces como una subcultura juvenil, basadas en una fuerte identidad grupal, el sentimiento de pertenencia y la violencia extrema.

De la misma manera, **el aumento del negocio del fútbol les otorgó a las barras la capacidad de involucrarse en actividades económicas ilícitas**, como la reventa de entradas, el control de los aparcamientos, la venta de material del club o el tráfico de drogas. Incluso han obtenido ingresos por los traspasos de sus clubes, como sucedió con Los Borrachos del Tablón —la barra de River Plate—, que obtuvo un porcentaje de dinero por el fichaje de Gonzalo Higuain por el Real Madrid (Lezcano, 2024).

Pese a ello, las barras bravas destacan por sus conexiones directas con el poder político. Durante la primera mitad de los ochenta, con el regreso de la democracia a Argentina, sindicalistas y políticos han usado a las barras bravas como fuerzas de choque para atacar a opositores o garantizar la seguridad en sus mítines. Un

Pese a que países como Argentina, Brasil o Uruguay siguen siendo potencias futbolísticas a nivel de selecciones, la brecha de rendimiento entre los clubes europeos y los latinoamericanos se ha intensificado a raíz de los cambios que se han producido en el panorama futbolístico.

ejemplo representativo de estas conexiones fue Rafael Di Zeo, uno de los líderes de la barra de Boca, conocido por sus vínculos con el expresidente Mauricio Macri y Carlos Stornelli, fiscal federal y exministro de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires.

5. Una región exportadora: la globalización en el fútbol latinoamericano

Otro de los impactos negativos que ha sufrido el fútbol latinoamericano en las últimas décadas ha sido producto de la globalización. Pese a que países como Argentina, Brasil o Uruguay siguen siendo potencias futbolísticas a nivel de selecciones, la brecha de rendimiento entre los clubes europeos y los latinoamericanos se ha intensificado a raíz de los cambios que se han producido en el panorama futbolístico. En Europa, el incremento de los ingresos por los derechos televisivos y la publicidad disparó los beneficios de los clubes y las competiciones, que aumentaron sus beneficios de forma masiva.

En paralelo, los avances en el proceso de integración europea también han allanado el

EXPORTACIÓN DE FUTBOLISTAS EN AMÉRICA LATINA (2020-2025)

Promedio anual de jugadores exportados a clubes del extranjero



RANKING LATINOAMERICANO

(Promedio anual de jugadores exportados)

1		BRASIL	3.020
2		ARGENTINA	2.171
3		COLOMBIA	1.000
4		URUGUAY	750
5		PARAGUAY	150-300
6		MÉXICO	100-150

RESUMEN CLAVE



Brasil es el líder mundial en exportación de futbolistas.



Argentina es el segundo polo de talento de la región.



Colombia y Uruguay destacan por su alta exportación relativa a su población.



El dominio exportador en América Latina proviene principalmente de CONMEBOL.



FLUJO DE FUTBOLISTAS BRASIL, ARGENTINA Y COLOMBIA (2020-2025)

Destinos de los futbolistas que juegan en clubes del extranjero



DATO CLAVE

BRASIL

7800

Jugadores exportados (aprox.)



ARGENTINA

5000

Jugadores exportados (aprox.)



COLOMBIA

2200

Jugadores exportados (aprox.)



REFERENCIAS

EUROPA LATINOAMÉRICA

ASIA NORTeamÉRICA

FLUJOS PRINCIPALES FLUJOS SECUNDARIOS



Fuente: CIES Football Observatory, Monthly Report 100, May 2025

camino a los clubes del Viejo Continente. La constitución de la Unión Europea con la firma del Tratado de Maastricht en 1992 permitió que, tres años más tarde, se emitiera la Ley Bosman, que eliminaba las restricciones que tenían los clubes de la UE para fichar a futbolistas con pasaporte comunitario. De este modo, la Ley Bosman facilitó a los equipos europeos la contratación de jugadores extranjeros.

De ahí en adelante, América Latina se transformó en una región exportadora de talento futbolístico. La venta de futbolistas latinoamericanos, especialmente de América del Sur, ha reproducido las dinámicas comerciales de los principales países sudamericanos, que destacan por sus exportaciones de materias primas. Esta dinámica se ha mantenido hasta la actualidad.

Hoy en día, Brasil y Argentina se encuentran entre los países con más jugadores en el extranjero. **El mercado brasileño exporta más futbolistas**

que nadie en el mundo. Se estima que un total de 3.020 futbolistas nacidos en Brasil juegan fuera de sus fronteras. Le siguen Francia, con 2.293 jugadores, y Argentina, con 2.171. La mayoría de los profesionales brasileños se concentran sobre todo en Portugal y en países asiáticos como Japón, Emiratos Árabes Unidos y Corea del Sur. Por el contrario, la emigración de los futbolistas argentinos se focaliza especialmente en los países vecinos, como Chile, Perú, Ecuador y Uruguay, y en España (CIES Football Observatory, 2025).

Otro país latinoamericano situado en lo alto de la lista es Colombia, el séptimo país con más futbolistas en el extranjero. En su caso, al igual que en Argentina, la mayoría de ellos prioriza como destino los clubes de América Latina, aunque con una mayor presencia en Estados Unidos, México y en países de América Central.

6. Conclusión

El fútbol ha vertebrado la historia de América Latina durante los últimos 150 años. Sus dinámicas internas son el reflejo de las tendencias políticas, económicas y sociales que se han reproducido en la zona a lo largo de su historia contemporánea. Desde su introducción hasta su consolidación como fenómeno de masas, el balompié ha estado ligado a los procesos de modernización, a los cambios en el contexto internacional y a la construcción de las identidades nacionales y regionales.

Las divergencias entre la Concacaf y la Conmebol reflejan la fragmentación entre los países latinoamericanos de América del Sur y los de Norteamérica y América Central. Estas diferencias responden a factores geopolíticos como la influencia de Estados Unidos y del Reino Unido, lo que explica las trayectorias diversas del balompié en la región. Por el contrario, el fútbol ha funcionado como herramienta de cohesión social e integración nacional, ayudando a definir narrativas nacionales propias frente a esas influencias externas.

Sin embargo, esa capacidad para articular identidades y popularizarse entre el público ha facilitado su instrumentalización política. Gobiernos populistas, dictaduras y diversos líderes latinoamericanos han usado el fútbol como herramienta de legitimación, propaganda y control social. De forma simultánea, el deporte rey también ha mostrado su otra cara: ha servido como espacio de resistencia y expresión democrática para los grupos opositores.

Por último, la corrupción, la violencia y la presencia del crimen organizado en el fútbol latinoamericano muestran las debilidades políticas e institucionales de la región, así como los principales desafíos a la seguridad que todavía persisten en sus países. Por todo ello, el fútbol constituye un escenario idóneo para comprender la geopolítica de América Latina. ●

7. Referencias bibliográficas

- Alabarces, P. (2018). *Historia mínima del fútbol en América Latina*. El Colegio de México.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Billig, M. (2014). *Nacionalismo banal*. Capitán Swing Libros.
- Brito, X., y Vayas, S. (2022). [Geopolítica del fútbol: sobre la globalización del balón](#). *Academo Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, 9(1), 103-112.
- Cies Football Observatory. (2025). [Monthly Report 100: Football expatriates 2020-2025](#).
- Cuevas, J. (2018). *Fútbol e identidad nacional en Colombia entre 1985 y 1994*. Universidad de Navarra.
- Dávila, A. y Londoño, C. (2003). La nación bajo un uniforme. Fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000. En P. Alabarces (Ed.), *Futbologías: fútbol, violencia e identidad en América Latina* (pp. 135-153). Clacso.
- Filho, M. (2003). *O negro no futebol brasileiro*. Mauad.
- Galvis, A. (2008) *100 años de fútbol en Colombia*. Planeta Colombia.
- Guterman, M. (2009). *O futebol explica o Brasil: uma história da maior expressão popular do país*. Editora Contexto.
- Guttmann, A. (1994). *Games and Empires: Modern Sports and Cultural Imperialism*. Columbia University Press.
- Hobsbawm, E. (2012). *Nación y nacionalismo desde 1780*. Planeta.
- Huizinga, J. (1957). *Homo ludens*. Emecé.
- Kapuściński, R. (2006). *La guerra del fútbol y otros reportajes*. Anagrama.
- Lezcano, A. (2024, 15 de marzo). [Barras bravas en Latinoamérica: el negocio del sentimiento](#). Jot Down Sport.
- Miller, R. (2007). Introduction: Studying Football in the Americas. En R. Miller y L. Crolley (Eds.), *Football in the Americas: fútbol, futebol, soccer* (pp. 1-34). Institute for the Study of the Americas.
- Nye, J. (2005). *Soft power: The Means to Success in World Politics*. PublicAffairs.
- Rodríguez, X. (2017). *La pelota no se mancha: una historia del fútbol argentino*. T&B Editores.
- Romero, A. (1986). *Muerte en la cancha (1958-1985)*. Nueva América.



David Gómez

Analista en *El Orden Mundial*, el medio de análisis internacional divulgativo más leído en español. Guionista y participante en los podcast *Real Politik FC* y *No es el fin del mundo*, ganador del Premio Ondas a Mejor Podcast Conversacional en 2025. Especializado en análisis político y electoral y en el estudio de la relación entre deporte y política.

X: [@David_Gmez99](#)

LinkedIn: [David Gómez Martínez](#)

Instagram: [@david.gmez99](#)